

dad, y el 21 de julio de 1813 tuvo lugar en sus campos uno de los hechos mas gloriosos de nuestra historia. Marchaba en retirada el ejército francés con el rey José á la cabeza, llevando consigo un gran convoy con lo que de mas valor tenia, y acosado ya desde Pancorbo por las fuerzas que mandaba Wellington, compuestas de ingleses, portugueses y españoles, dióse la batalla en los campos que cruza el Zadorra, en una estension de casi tres leguas, y despues de porfiado y valiente bregar, quedó á las seis de la tarde pronunciada la victoria en favor de las de los aliados, é introducidos la confusion y el desorden en el ejército francés. Un inmenso tren de artillería, una multitud de bagajes, los ricos y abundosos almacenes, las cajas militares llenas de dinero, todo fué abandonado; solo un cañon y un obús arrastraron consigo los vencidos, que ni aun el coche del mismo José pudieron salvar, en el cual se hallaron importantes papeles y efectos. «¿Qué de pedrería y alhajas, dice el conde de Toreno, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del dia, qué de bebidas y tambien manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vario linaje quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados despues ó destruidos!» Grandes riquezas, en efecto, quedaron en poder de los soldados, que vendian ó permutaban con los vecinos de Vitoria, debiendo algunos á este suceso su fortuna.

En nuestra última guerra civil ha sido tambien teatro de notables acontecimientos, que ocupan no pocas é interesantes páginas de su historia.

Leales y valientes sus habitantes, pero de carácter pacífico, se enorgullecen de su capital, que es una de las mas lindas de España, especialmente su parte nueva, ofreciéndose en toda la poblacion al viajero la satisfaccion, no solo de todas las necesidades, sino hasta de las que pueden considerarse de puro lujo.

Sin ser Vitoria un pueblo fabril, agrícola ni industrial, participa de todo esto, y sostiene digna y decorosamente su rango, adelantando en sus mejoras y ensanchando cada dia la senda del progreso con que mas ó menos lentamente caminan los pueblos. Así, ayudada por el ferro-carril, va cambiando Vitoria su antiguo aspecto y convirtiéndose en una hermosa ciudad moderna. De aquí que la vista que presentamos corresponde á la ciudad antigua, que ya ha desaparecido, conservándose la alta torre de la Blanca, que parece la atalaya de la llanura, y su iluminado reloj por la noche el faro del caminante, haciendo agrada^{le} su estancia en el verano la grata frescura de su temperatura, debida á su elevacion, proporcionando tambien ameno solaz sus lindos paseos, particularmente el de la Florida, que es un verdadero vergel por la abundancia de flores que por todas partes recrean la vista y el olfato.

P.

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL CONDE JOSE DE MAISTRE.

El ilustre abate Vicente Gioberti, que descuella en el reducido número de los verdaderos sabios de nuestro siglo, hablando de los estudios teológicos y de su mucha importancia en todo lo que dice relacion con las ciencias filosó-

SEGUNDA SERIE.—1867.

co-políticas, nos ha dejado escritas estas palabras muy memorables: «La teología es la ciencia príncipe.» Nosotros convenimos en ello, pero queremos añadir al propio tiempo que se necesita mucho tino y refinada crítica para hermanar la teología con todas las ciencias sociales, á fin de no rayar en exageraciones, que revelen mas bien agudeza de ingenio y erudicion selecta y peregrina, que teorías aplicables en todos los casos al bien del Estado y á la religion santísima que profesamos.

El conde José De Maistre, el bosquejo de cuya vida política y literaria presentamos al público, ha sido uno de los varones mas eminentes de la Europa moderna, y sus escritos están atestados de doctrinas é ideas luminosas, que ofrecen materia de meditacion profunda al historiador y al filósofo; pero hay otras muchas que llevan, á nuestro entender, á consecuencias absurdas y perjudiciales al bienestar de la humanidad, porque su autor pretende enlazar forzosamente la teología con la política.

De Maistre nació en Chambery, capital de Saboya, el 1.º de abril de 1754: su familia, francesa de origen, aunque se habia trasladado á un país á la sazón políticamente italiano, un siglo antes de que nuestro José abriera los ojos á la luz del dia, conservó siempre particular afecto á la nacion francesa; y De Maistre, aunque conocia con mucha perfeccion el hermoso idioma de Dante y Petrarca, por haber estudiado en Turin, prefirió en todas sus obras la lengua del Sena á la toscana.

Fué el primero del fecundo lecho de sus padres, que tuvieron diez hijos entre hembras y varones: su educacion fué esmerada, severa y tan religiosa, que, habiendo suprimido el gobierno francés la Compañía de Jesus en 1762, la madre de De Maistre, apenas recibida esta noticia, tan contraria á sus ideas religiosas, dijo á su amado hijo, todavia niño, y que se entretenia jugando con sus hermanas: «José, no pienses hoy en juegos y diversiones: se ha suprimido en Francia la ilustre Compañía de Jesus.» Fué muy profunda la impresion que estamparon en su pecho estas palabras; y el mismo De Maistre, que nos refiere el hecho, que acabamos de consignar, dice que esta primera impresion de su infancia no se borró jamás de su mente.

Cumplió el curso de sus estudios en Turin á la edad de veinte años, y tan luego como regresó á Chambery fué nombrado en 1774, 6 de diciembre, abogado fiscal sustituto, general y supernumerario del Senado de Saboya; en 1780, 8 de enero, fué nombrado abogado fiscal efectivo; en 1787, 5 del mismo mes, ocupó el honroso cargo de miembro del consejo de la reforma de estudios en Saboya, y en 1788, 29 de enero, fué elegido senador.

Tuvo de su esposa, Francisca de Morand, mujer de costumbres ejemplares, y con quien dividió el tálamo nupcial en 1786, dos hijos, Rodulfo y Constanza, de cuya educacion cuidó De Maistre con escrupulosidad y paternal afecto. Vió frustradas sus esperanzas, porque entrambos, lejos de originarle sinsabores y pesares, le sirvieron de dulce consuelo.

Se ausentó de los domésticos hogares cuando Saboya fué unida á Francia en 1792; pero volvió el año siguiente, y despues de haber proporcionado á su familia un estado tranquilo y seguro, se retiró á Lausana, abandonando todos sus bienes.

En su nueva morada se enlazó en íntima amistad con Mad. Huber-Alleon, mujer de un mérito muy distinguido, y con la célebre baronesa Staël, digna hija de Necker. Pero las ideas político-religiosas y las literarias de Staël y De Maistre

AÑO XXV. 18.

se diferenciaban en gran manera, y eran tan encontradas que daban margen á frecuentes disputas: no llegaron, sin embargo, á debilitar nunca el afecto mútuo y la admiración que unen á los verdaderos sabios; y De Maistre, naturalmente cordial y de carácter festivo, cuando hablaba de la Staël, decía: «Nuestras disputas han hecho reventar de risa á los Suizos, porque esa baronesa y yo no hemos estudiado juntos teología ni política.»

De Maistre publicó en Lausana varios folletos y opúsculos acerca de los acontecimientos mas recientes de Saboya, y en 1796 dió á luz sus *Consideraciones sobre la Francia*, obra muy recomendable bajo varios conceptos; pero escrita con menos brillo y gracia de estilo que la de Mad. Staël sobre el mismo argumento. De Maistre condena todos los desmanes de la revolución francesa, y se manifiesta ardiente partidario de muchas instituciones antiguas, contrarias tal vez al bienestar del pueblo. Conociendo, no obstante, que la preponderancia del Austria en Europa no dejaría de ser muy perjudicial á todas las demás potencias, cuando supo que su majestad cesárea trabajaba sin descanso para que á la Francia se la dividiera en dos ó tres reinos distintos, escribía al baron Vignet: «Viva la Francia, y también república.»

Cárlas Manuel IV, que sucedió en el trono á Víctor Amadeo, señaló á De Maistre una pensión de dos mil francos anuales en recompensa de sus muchos servicios á la monarquía; y nuestro publicista, vuelto á Turin, quedó en esta ciudad hasta el 19 de noviembre de 1798, época fatal en que el Piamonte se vió convertido en república y sujeto á Francia. Entonces De Maistre el 29 de diciembre de aquel mismo año se trasladó con toda su familia á Venecia, en donde vivió por el trascurso de algunos meses, abrumado de miseria y en graves estrecheces. Cuando los Austro-Rusos reconquistaron el norte de Italia contra los franceses, De Maistre abandonó á Venecia, y se puso en marcha con el firme propósito de regresar á Turin. Pero noticioso de que el Austria se negaba á la restauración de Cárlas Manuel, que se había trasladado á Cerdeña, se detuvo en Pádua, y estando en esta ciudad, recibió el 28 de noviembre de 1799 el brevete de regente de la Cancillería Sarda. Entonces se embarcó en Liorna, y arribó á Cagliari el 12 de enero de 1800.

De Maistre, buen súbdito, muy fiel á la casa de Saboya, y cada vez mas anheloso de la felicidad de su monarca, concibió la idea atrevida de emprender un viaje á Francia, y de presentarse á Napoleón con ánimo de invocar su asistencia en abono del desventurado rey Cárlas Manuel. Este proyecto generoso y noble agradó á los Franceses, pero fué rechazado por la corte de Cerdeña, y no se realizó. En tanto fué enviado como ministro plenipotenciario á San Petersburgo, en donde dió testimonios inequívocos de su mucha habilidad en el manejo de los negocios diplomáticos mas espinosos. Pero expulsados de Rusia los Jesuitas en 1815, porque se les culpó de haber convertido al catolicismo á algunos griegos cismáticos, súbditos del autócrata ruso, De Maistre, que amaba mucho á la Compañía y era católico fervoroso, perdió gran parte de su crédito en la corte del Czar, ni se le dispensaron mas las cariñosas consideraciones de que había sido objeto. Entonces solicitó su regreso á Italia, y fué nombrado por S. M. Sarda, restituida á sus antiguos dominios, regente de la Gran Cancillería en Turin, con el título de ministro de Estado, y, por último, una parálisis muy lenta le llevó al sepulcro en esa misma ciudad el 26 de febrero de 1821.

El Sófocles italiano, el inmortal Víctor Alfieri, decía: «Yo

escribo, porque los tiempos aciagos no me permiten obrar.» De Maistre, dotado de mucha fuerza de carácter, pero de una imaginación menos violenta que la del sublime trágico Alfieri, decía: «He nacido para contemplar y no para obrar.» El primero, aunque poeta, escribió de política, pero con ira y con el firme propósito de contribuir á la destrucción de lo que juzgaba contrario á los intereses sociales, ideando innovaciones no muy realizables. El segundo publicista, diplomático y versado en los estudios teológicos, pasando de contemplación en contemplación, creyó que fuera del círculo de la Edad media y de las instituciones antiguas, no había medios de salvación ni para los pueblos, ni para los monarcas, y suponiendo que el mundo disfrutaba entonces de mucha felicidad, y que hoy corría al abismo de todas las pérdidas, dijo poco antes de morir: «Bajo al sepulcro con toda la Europa.» Con efecto, José De Maistre en todos sus escritos no aparta nunca la vista de lo que fué, y deplora siempre lo que es y lo que será, porque ve que las generaciones presentes no besan ni adoran con profundo respeto y veneración las huellas que dejaron estampadas sus tatarabuelos en los arenosos desiertos que atravesaron las cruzadas, ó los señores feudales al pié de sus castillos. He aquí por qué Ballanche exclamó, cuando De Maistre llegó al término de su carrera mortal: «Ha muerto el hombre de las doctrinas antiguas, el profeta de lo pasado: paz á las cenizas de este hombre de bien.»

Algunos de nuestros lectores no vacilarán en afirmar que nuestra comparación de Alfieri con De Maistre no debía tener lugar en estas columnas, y que podíamos haber pasado por alto este rasgo de erudición ocioso é inútil. Así, parece á primera vista, y, sin embargo, no ha sido inoportuna porque las obras políticas de entrambos nos han dejado el mas vivo retrato del distinto modo de concebir las necesidades sociales; el uno deseando la demolición de todo lo pasado, y el otro su perfecto restablecimiento: abogan, sin embargo, los dos con fiera contra todos los hechos buenos y malos de la revolución francesa de 1789. Los dos eran súbditos piamonteses; los dos amaban ingenua y calorosamente su patria; los dos anhelaban un gobierno regular y pacífico; los dos escribían con ánimo de cooperar al logro de tan laudable fin, y, no obstante, sus obras están atestadas de utopías, que desvirtúan en gran parte sus buenas doctrinas y teorías. Pero volvamos ahora á nuestro principal argumento, y, después de haber bosquejado la vida política de De Maistre, entremos de lleno en un examen detenido de sus obras, sometiéndolas á una crítica imparcial y benévola.

De Maistre escribió una multitud de obras, pero sin separarse jamás de un punto de partida único, esclusivo, y mas bien teológico que político; de un punto de partida en que todas las vicisitudes de las naciones y de los siglos figuran siempre como una consecuencia, mas ó menos directa, de la voluntad del Ser Supremo, no como padre común de todos los hombres, sino como juez inexorable, que descarga los rayos de su cólera contra los culpables, y que azota y aflige también á los inocentes, porque el crimen de nuestros primeros padres hundié en el lodazal de la abominación y del delito á toda la humana raza. Vamos á poner de manifiesto sencilla y brevemente todas las doctrinas y consecuencias mas inmediatas del sistema teológico-político, que sirve de base y norte á todas las obras del conde José De Maistre.

Nuestro autor descubre en todos los gobiernos que han existido y que hoy existen, la realización de los designios

de la Providencia, realizados tambien en esta vida; y combatiendo sin tregua contra las sociedades modernas, reconoce las señales de una venganza del cielo en los desastres de toda la humanidad. Segun sus doctrinas, el mal no es accidental sino necesario á consecuencia del primer pecado, y no tiene mas remedio que la espiacion en sus padecimientos, porque todo lo que sufren los hijos no es mas que el castigo de las culpas que los primeros padres han transmitido á las generaciones futuras. He aquí el origen, dice De Maistre, de los sacrificios antiguos, de nuestros suplicios, de la divina redencion; he aquí entre los salvajes el origen del embrutecimiento, y entre los hombres civilizados el de la guerra continua.

En estos principios, exagerados hasta su último término, se apoyan su *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas* y sus *Veladas de San Petersburgo*. En estas últimas el conde De Maistre, llevado en alas del mas repugnante fanatismo, dice que en las sociedades no reprimidas sino por el castigo, es el verdugo el sumo sacerdote, que proporciona la espiacion, así como lo hacen las pestes, la guerra y todas las calamidades mas destructoras; y no contentándose con proclamar al verdugo, salvador del orden social, entretiene su elogio en estos términos: «De esta insigne y grandiosa prerogativa (habla del poder) emanan como consecuencia necesaria las funciones de un hombre, cuyo cargo especial es el de infligir á los criminales las penas impuestas por la justicia humana: este hombre se presenta por do quiera, y, sin embargo, no se sabe explicar como esto sucede, porque la razon no puede llegar á descubrir en la naturaleza del hombre bastantes motivos para determinarle á elegir la profesion (1), que está á su cargo. ¿Qué ser indescifrable es éste, que entre tantos oficios agradables, útiles y á propósito para el lucro, honestos y hasta honrosos, ha dado la preferencia al suyo (2), que es el de atormentar á sus semejantes y acabar con ellos? Pero el verdugo, despues de haber cumplido con su deber, vuelve á su casa, se sienta á la mesa, come, se pone en su lecho y descansa en dulce sueño. Al dia siguiente se despierta, y piensa en todo, á excepcion de lo que hizo la víspera. ¿Quién es ese ser? ¿Es un hombre? Sí, Dios no le rechazará de sus templos, y le permite orar. Toda la fuerza, toda la grandeza, todo el poder, toda la subordinacion no tienen mas pedestal que el verdugo. Este agente, que inspira horror á todos, es el lazo de la humana asociacion. Quitad del mundo á este agente incomprensible, y vereis que desde luego desaparecerá el orden; el caos se sentará en su tenebroso trono; las coronas caerán en el polvo, y la sociedad se sacudirá hasta en sus cimientos. El Todopoderoso, que es el autor de la soberania, es también el autor del castigo, y el verdugo es su ejecutor (3).»

Todo este elogio es un tejido de sofismas asquerosos; pero en atencion á que no es de la índole de este periódico entrar de lleno en discusiones muy áridas, nos contenta-

(1) ¡El oficio del verdugo es una profesion!

(2) Ninguno hasta hoy ha elegido voluntariamente el noble oficio de verdugo.

(3) Estos pocos renglones demuestran hasta la evidencia lo mucho que distan las ideas de De Maistre de los principios muy liberales y tolerantes, y sin embargo sus enemigos lograron, mediante asquerosas intrigas, que no se le eligiera presidente del Senado de Saboya, afirmando con luminosa desfachatez, que De Maistre estaba asociado á una logia masónica, y que participaba de ideas revolucionarias.

mos con decir, que las teorías de De Maistre acerca del particular no se diferencian ni un solo ápice de las que puso en práctica en la época del terrorismo la junta de salvacion pública en Francia.

Pero las dos obras mencionadas están escritas con tanta gracia y amenidad de estilo, con tanta erudicion selecta y de muy buena ley, y en ambas el gran principio de autoridad, base de todo cuerpo político, está tan maestramente desenvuelto, que la lectura de las dos obras, y sobre todo la de *Las Veladas*, seduce y encanta. Los argumentos capciosos de De Maistre no persuaden á los lectores, y sin embargo, les arrastran, como á un dócil esclavo atado con cadenas de oro al carro de un general victorioso.

Su obra: *De la Iglesia galicana en su relacion con el Soberano Pontífice* ha contribuido en Francia, hasta cierto punto, al abandono de grandes cuestiones y de una multitud de privilegios, poco favorables á la unidad católica bajo el Pontífice romano, su suprema y única cabeza. Pero en esta obra, muy aceptable en cuanto al fondo, De Maistre exagera sus doctrinas, y salvando, mas bien con fanatismo que con celo, las barreras que marcan los lindes de las opiniones meramente individuales, separándolas de los dogmas católicos y de la disciplina eclesiástica, califica de cismas las libertades galicanas y refuta con dureza y mucha exaltacion de espíritu á sus grandes defensores Fleury y Bossuet, varones doctísimos y de vida ejemplar, muertos entrambos en el seno del catolicismo.

El *Papa* de De Maistre es una de las mejores obras, salidas de la fecunda pluma de tan insigne varon, y la defensa mas sólida y brillante de la silla apostólica. El autor considera al papato bajo sus varios y distintos puntos de vista en todo lo que dice relacion con los principios de la justicia y de la equidad en los siglos mas rudos y bárbaros, con la firmeza, siempre constante é inmutable, del dogma católico, y con sus inapreciables servicios prodigados á todos los pueblos y á todas las naciones. En esta obra se notan, sin embargo, los mismos defectos que en todas las demás del conde De Maistre, á saber, mucha exageracion en todas sus ideas y doctrinas, sagacidad y astucia en el manejo de los sofismas mas sutiles, y por último el tono decisivo y resuelto con que afirma que todos los papas han sido exentos de faltas y errores. Hablando de Alejandro VI no se atreve á defenderle; pero dirigiéndose á los lectores con afectada ingenuidad esclama: «¡y bien! ¿nos pararemos en una miserable excepcion?»

En su *Exámen sobre la filosofía de Bacon* se propone como único objeto demostrar, que todas las obras del gran Canciller de Inglaterra han allanado el camino al materialismo. Ese libro de De Maistre merece ser leído y detenidamente estudiado, porque encierra los verdaderos principios de aquella filosofía, que se apoya mas bien en el sentimiento de la propia conciencia y en la intuicion, que en experimentos y observaciones que no salen del círculo de la materia.

Sus seis *Cartas sobre la Inquisicion de España*, traducidas repetidas veces al castellano por hombres muy aficionados á las instituciones antiguas, buenas ó malas, nos dan á conocer que De Maistre no habia meditado mucho ni leído lo bastante acerca de la Inquisicion de España, de su origen y apogeo. Nuestro publicista, ateniéndose á raciocinios y ejemplos, que se refieren á la última agonía del *Santo Tribunal*, supone equivocadamente, que habia marchado siempre por la misma senda.

Su *Disertacion sobre los antiguos sacrificios* inserta en el último tomo de las *Veladas de San Petersburgo* revela en De Maistre al filósofo profundo, al hombre eminentemente erudito, al gran teólogo, al crítico insigne. Con efecto, todos los escritores mas ilustres, cuyas ideas y opiniones políticas son muy contrarias á las defendidas y profesadas por De Maistre, hablando de la disertacion, que acabamos de mencionar, convienen en que es la produccion de un varon docto y profundo, que es la obra de un gran publicista y teólogo á un tiempo. En esta disertacion demuestra De Maistre hasta la evidencia, siguiendo paso á paso los anales de todos los pueblos, que los sacrificios cruentos de la antigüedad no fueron mas que el símbolo y la figura del gran sacrificio del Hombre-Dios, que espira sobre el Gólgota.

Su traduccion con adiciones y notas de la obra de Plutarco sobre *El retraso de la justicia divina en el castigo de los culpables*, es una obra de filosofia moral, comentada y añadida con preceptos, reflexiones y doctrinas que tienen por punto de partida la religion revelada y la enseñanza católica, hermanadas con lo que está consignado en Plutarco y otros moralistas antiguos acerca de la eterna é inalterable justicia, considerada como atributo principalísimo del Ente Supremo.

Los dos tomos de *Cartas*, y la *Correspondencia diplomática*, obras póstumas de nuestro autor, publicadas por su hijo Rodulfo, contienen una multitud de noticias importantes y curiosas. En las *Cartas*, que son un modelo de estilo epistolar, está pintado á grandes rasgos el carácter festivo y naturalmente cordial de José De Maistre. En la *Correspondencia diplomática* se nota una libertad y una franqueza que sorprenden á los lectores, porque De Maistre, lejos de conservar en ella su lenguaje ordinario, que se inclina al absolutismo y á la teocracia, censura en tono resuelto á todos los gobiernos, que, á su entender se separan de la buena senda; censura en muchos casos la política de Roma, y dice que los monarcas no deben nunca perder de vista los derechos imprescriptibles de los pueblos y su justo amor á la libertad; y luego añade: «Los reyes, pues, que gobiernen bien, si quieren ser obedecidos.»

Pero á fin de que nadie crea que hablamos á la ventura, vamos á transcribir lo que nos ha dejado escrito en las páginas 138 y 139 con respecto á Pio VII, que coronó á Bonaparte. «El viaje del Papa y la coronacion, hé aqui el único tema que preocupa todos los ánimos. Todo es milagrosamente malo en la revolucion francesa, y ha llegado ya al *non plus ultra*. Los crímenes de un Alejandro VI repugnan menos que esta debilidad de uno de sus sucesores. Yo deseo con toda mi alma, que este desgraciado Pontífice vaya á Santo Domingo para consagrar á Dessalines. Cuando un hombre de su rango y de su carácter se excede hasta tanto, es de suponer que acabará por degradarse aun más (1).»

Todas las obras del conde José De Maistre llevan un timbre especial teológico-político; pero su estilo es tan ameno, tan elegante, tan animado y vivo; su erudicion es tan variada y selecta, sus chistes son tan oportunos y satíricos, cuando refuta las doctrinas de escritores y filósofos, que disfrutan de una fama mas bien usurpada que merecida real y positiva. En fin todas las obras de De Maistre tienen un encanto, que halaga y seduce á todos los

lectores cualesquiera que sean sus opiniones y doctrinas.

Pero antes de poner término á estos breves apuntes, no queremos pasar por alto dos cosas que juzgamos muy del caso manifestar á los lectores, primera: los que recorran con atencion las obras de De Maistre, y últimamente su *Correspondencia diplomática*, se verán obligados á convenir en que este autor, cuando escribía como diplomático, lejos de echar mano de sofismas y sutilezas escolásticas no se separaba nunca de sus convicciones. Segunda: que para sostener las buenas ó malas doctrinas de De Maistre, apoyándolas en argumentos sólidos ó docta y astutamente capciosos, se necesita una gran fuerza de génio no muy facil de encontrar; se necesita, en fin, otro De Maistre.

Entre nuestros ilustres varones contemporáneos, se ha esforzado con todo ahinco en seguir las huellas del conde De Maistre, el muy conocido escritor, don Donoso Cortés, marques de Valdegamas, en su obra titulada, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

La *Revista francesa de ambos mundos*, estando en Paris el señor marqués, como representante del gobierno español, elogió mucho su *Ensayo*, y comparó Valdegamas á De Maistre. Nosotros, contentándonos con lo dicho acerca de la *Revista* mencionada, no vacilamos en emitir nuestra pobre opinion acerca de la obra del señor Cortés. Está escrita indudablemente con mucha elocuencia; pero su estilo demasiado ponposo, y que raya de vez en cuando en metáforas é hipérboles, que tienen algo de asiático, cansa muy á menudo á los lectores. En cuanto á las doctrinas y teorías políticas del señor Cortés, nos inducen á creer, que en el último periodo de su vida, preocupado de la grande idea de separarse del mundo y meterse fraile, supuso buenamente que el gobierno de un Estado no se diferencia ni mucho ni poco del régimen propio del claustro. Procuró, sin embargo, imitar en lo que pudo á De Maistre, y tambien á Bonald.

SALVADOR COSTANZO.

LA CAZA DEL TIGRE.

I.

«Sentado al fuego del vivac en los bosques del Don, he oido algunas veces un quejido profundo y prolongado, como si rodase por el suelo.... Los servidores indígenas cambiando entre sí miradas de inteligencia, dejaban asustados su conversacion sobre el precio del grano, y poco despues recaía la conversacion sobre innumerables casos de muerte, ó de heridas causadas por el enemigo mas salvaje y mas astuto que el cazador puede encontrar en la India.»

Así se espresa al principio de sus relaciones de caza el capitán Dunlop, del ejército inglés de las Indias (1). En esta cuestion los cazadores tienen el uso de la palabra, y á los naturalistas toca solo escuchar, comparar é instruirse.

Por este suspiro lastimero anuncia el tigre real su presencia á los habitantes de las selvas; en compañía de animales de su especie hace *ron, ron*, como un gigantesco gato;

(1) En el testo, De Maistre se expresa con mas violencia, y usa de palabras poco convenientes.

(1) Viajes y cacerías en el Himalaya.

sus movimientos cuando ataca son acompañados de una serie de gruñidos rápidos, espantosos, á guisa de tos; «pero, añade el capitán, he oído á un oso al atacar, hacer casi el mismo ruido.» De un manotón rompe los huesos de un buey; en seguida se lo lleva como podría un gato llevar á un ratón, sin esfuerzo aparente, y sin que apenas lleguen al suelo las patas de la víctima.

Todo esto lo experimentó el cazador cuya historia voy á referir.

II.

Algunos europeos, entre los que se contaban plantadores de añil, y oficiales de un regimiento indígena, salieron de Bombay montados en elefantes, con intención de entregarse al noble placer de la caza del tigre. Aun no habían llegado á las lindes del bosque, cuando el ruido de su marcha hizo levantar á una enorme tigre, que, lejos de huir, atacó con furor la línea de elefantes. Uno de estos animales que veía al tigre por primera vez, se asustó, y á pesar de los esfuerzos del cazador que le montaba, volvió las espaldas á la terrible fiera. Esta se lanza en persecución suya, salta sobre el lomo del elefante, coge al cazador por un muslo, lo tira al suelo, se lo echa encima como pudiera haber hecho un zorro con un ave, y se va saltando hacia el bosque. Todas las escopetas se le dirigieron á la vez, pero ningún cazador se atrevió á tirar, por temor de herir á su infortunado amigo.

No tardaron en perderles de vista, pero pudieron seguirles por el rastro de sangre que derramaba la víctima. Pronto fué el rastro mas escaso y mas débil. Y llegados al interior del bosque, no sabiendo á donde dirigir sus pasos, los cazadores, desesperados iban á renunciar á la persecución, cuando en el momento en que menos lo esperaban apercibieron al tigre y á su presa tendidos sobre la yerba. El animal estaba muerto. El hombre, con los ojos desmesuradamente abiertos, conservaba aun el sentido; pero su muslo estaba preso entre las mandíbulas de la tigre, y su debilidad era tal, que no pudo contestar á las preguntas de sus compañeros. Para librarle de la terrible tenaza, hubo que cortar la cabeza del animal, y desarticular sus mandíbulas. Felizmente había allí un cirujano; pudo hacerse la primera cura al herido, que fué en seguida transportado á la habitación mas próxima al teatro de esta espantosa escena.

He aquí lo que contó cuando recobró sus fuerzas:

Aturdido por la caída, rendido por la pérdida de sangre y el dolor, se había desmayado algunos instantes después que le cogió el tigre. Cuando volvió en sí, se vió sobre el lomo del animal que trotaba rápidamente á través de la maleza; á cada momento se arañaban su rostro y sus manos contra las ramas, á través de las que le arrebatava el tigre. Su pérdida le pareció inevitable, y se mantuvo inmóvil, resignado á su suerte. Sin embargo, se acordó que llevaba un par de pistolas al cinto; cogió una de ellas, y apuntando á la cabeza del animal, hizo fuego; la tigre le sacudió rudamente, clavó á mas profundidad sus dientes en las carnes de la víctima, precipitó su carrera, y nada mas! El desgraciado se desmayó de nuevo. Cuando volvió en sí, quiso intentar su último recurso; cogió, pues, su segunda pistola, y esta vez apuntó al omóplato, en dirección al corazón. Salíó el tiro, y la tigre se desplomó muerta, sin lucha, sin gemido. En cuanto al cazador, aniquilado por este último esfuerzo, no tuvo fuerza para llamar á sus amigos aunque los oía acercarse.

III.

Volvamos al capitán Dunlop.

Salíó una mañana del campamento de Jubrawalla sobre la orilla del Sooswa, acompañado del mayor R....., llevaban siete elefantes. Hay cerca de allí un trozo de tierra cubierto de jóvenes algodones y espesas matas de boj: acababan los cazadores de atravesarle, cuando apercibieron el esqueleto de un buey, devorado á medias por un animal que, según las apariencias, había dejado poco tiempo hacia el festín. El terreno estaba demasiado duro para dar señas por las huellas. Sin embargo, se formaron en seguida en línea, y la batida comenzó á lo largo de una zanja seca y cubierta en parte de juncos. A la primera vuelta del camino salíó un animal de la zanja, y se mantuvo durante un segundo de pié en el borde opuesto, á unos sesenta pasos de los cazadores. Un ghoorka declaró que era un cachorro; era, sin embargo, una hermosa tigre adulta.

Inmediatamente se dió principio á la persecución. El animal atravesó un rastrojo quemado, pero como estaba harto, todo lo que podía hacer era mantenerse delante de la línea de los siete elefantes, lanzados á todo lo que podían correr.

En el camino atravesó una ganadería que dispersó; en fin, después de una carrera de mas de dos millas, llegó á unas matas de juncos que atravesaba una profunda *nullah*, y volvió á principiar la batida. Apenas acabé de entrar en la parte de los juncos que me tocaba registrar, cuando la vi debajo de unas matas, acurrucada para tomar impulso; y disparando un solo tiro de escopeta lisa entre los ojos, la hice rodar en la *nullah*. Se precipitó varias veces sobre el borde para volver á subir, no pudo conseguirlo por los terribles efectos que la había producido mi bala, que la había roto el cráneo en gran parte, rozado el cerebro, y causado un derrame en la garganta. La herida era mortal, porque la fué imposible moverse del sitio, y R....., que vino poco después, la acabó de un balazo detrás de la oreja.

El cuerpo fué cargado sobre un elefante, no sin que este protestase á su modo por una lluvia de imprecaciones y juramentos.

Otra vez, era en 1855, en la famosa feria de Hurdwar. De todas las partes de la India, del Thibet, del Punjab, del Afghanistau, y de la Persia, habían acudido dos ó tres millones de hombres á esta cita religiosa y comercial. Monsieur Dunlop, asistía á ella como superintendente del distrito de las montañas.

El segundo día un indígena vino á decirle que un tigre había atacado á un hombre en medio de aquella gran reunión. En seguida distribuyó el capitán armas á algunos oficiales que habían ido á visitarle, y partieron en número de siete. Desgraciadamente no había allí ningún elefante de caza, y hubo que contentarse con tres elefantes de silla, aunque había casi seguridad de que volverían la espalda en el momento mas importante. Cada elefante llevaba dos cazadores; el sétimo de estos M. O. Bradford, iba á caballo.

A 300 metros de allí, encontraron al desgraciado segador con el cráneo roto, y el cerebro al descubierto. Un poco mas lejos les enseñaron, en medio de un sembrado, un matorral de 20 metros cuadrados; desde allí se había arrojado el tigre sobre su víctima y allí había vuelto á refugiarse.

Al ver á los cazadores se reunieron al rededor del sitio millares de indígenas encerrando el tigre en una muralla

viviente; felizmente Mr. Dunlop y sus amigos iban sobre elefantes, porque á pié hubiera sido imposible descargar las armas sin herir á la multitud. Ahora, dejemos hablar al narrador:

«Nuestro amigo felino, llegado evidentemente á un grado de viva excitación, no esperó nuestra llegada, y vino sobre nosotros á toda carrera lanzando un grito de cólera. Los tres elefantes dieron media vuelta como de comun acuerdo y corrieron unos hácia otros, chillando y bramando de espanto mientras Bradford corría á su alrededor en mi alazan Waverley. Sin embargo, se disparó por nuestra cuadrilla, con un acierto tolerable, porque ninguno de nosotros salió herido y porque una bala dirigida á una mano del tigre le detuvo en su embestida enviándole á esconderse entre las matas.

«Entonces empezó una lucha activa entre los elefantes y sus *corneas*, (1), porque no había fuerza moral ni física, caricia ni pinchazo capaz de hacerles aproximarse en línea y registrar el bosquecillo de donde había salido el monstruo que les había aterrorizado. En fin, en tropel y apretados como carneros, se adelantaron de costado á unos cincuenta pasos de los matorrales, dirigidos solo por los violentos golpes de *aukus* (aguñon), cuando un segundo rugido sirvió de preludio á una nueva y furiosa embestida. Sin duda que, según la manera como la empezaba, hubiera concluido con volverse á esconder en su guarida; pero felizmente entre los numerosos tiros disparados desde lo alto de los *horodahs*, que chillaban y se balanceaban como barcos en alta mar, una bala que tiró Melville tocó la paletilla del tigre y le envió á rodar á cuatro piés del elefante de Gromt, donde le vimos caído de espaldas, con las patas paralizadas, entregándose con sus manos al pugilato. El mugido de los elefantes, el aullido del tigre y los gritos de la muchedumbre producían una confusión tal, que el elefante de Melville dió media vuelta y se puso definitivamente en fuga.

«Apenas se apaciguaba el huracán que siguió á la caída del tigre cuando éste se levantó tambaleándose y consiguió lanzarse hácia delante algunos pasos, ayudándose principalmente de las manos. Repitió varias veces esta maniobra; á cada descarga parecía que cada bala tenía sobre su sistema un poder vivificador como una sal volátil. Se levantó por última vez, cuando algunos de los nuestros echaron pié á tierra para examinarle mas cerca. Entonces se vió que era un macho y de los mayores que se han visto.»

IV.

Otro relato de caza por el estilo. Nuestro guía es ahora monsieur Tomás Anquetil. La escena pasa en Birmania, á algunas millas de Ngugoun-goo, en una selva en cuyo centro hay un gran lago que ocupa el lugar de un antiguo monasterio que desapareció en un temblor de tierra. Este lago está poblado de aves acuáticas. Mr. Tomás Anquetil, acompañado del baron de L.... europeo, de sus criados y de algunos indígenas se fué á cazar allí.

El narrador recorría á pié las orillas del lago en el momento á que nos referimos, separado de sus compañeros y seguido solamente de un remero indio, á quien había dado su carabina. Acabada de descargar los dos tiros de su escopeta sobre una bandada de pájaros, el indio estaba ocupado en recoger los muertos y heridos.

(1) Nombre que se da á los que les conducen.

«Aun no se había separado diez metros del lago, cuando resonó un rugido agudo, penetrante y terrible, repetido por las soledades de la selva, por las rocas circunvecinas.... En seguida oí un rápido chasquido, é inmediatamente se lanza un tigre del seno de los arbustos que rompe como si fueran pajas....

«El tigre estaba á cuarenta pasos....

«El indio se detiene, apunta y hace fuego....

«Nuevo rugido!... La bestia feroz prosigue su carrera...

«A veinte pasos, el indio dispara el segundo tiro de su carabina.... Un grito espantoso, un grito de terror y de angustia le sigue!... El tigre había cogido y derribado de un salto á su adversario; estaba desgarrándole y despedazándole!...

«Mr. Tomás Anquetil, tira su escopeta, coge el revolver con la mano derecha, el cuchillo de caza con la izquierda, y se mantiene pronto.... no podía tirar aun: el hombre y el tigre se confundían. En fin, el animal, echando fuego por los ojos, con la boca ensangrentada, azotándose con la cola, abandona el cadáver, se vuelve contra el cazador, se recoge.... suenan seis tiros; todas las balas le habían herido; el animal rueda por el suelo, lanzando un rugido convulsivo.

«Al estruendo, llegan los hombres; van al terreno de la lucha.

«El indio no era mas que una masa informe; no había soltado mi carabina. Sus crispados dedos tenían aun con una mano la garganta, con la otra, la caja del arma.... la madera estaba rota; los cañones, estaban doblados y marcados con las uñas de la fiera....

«Esta, que era una hembra, yacía sobre el costado izquierdo, con las garras rígidas, los bigotes erizados, los párpados contraídos y la boca repugnante de sangre, de espuma viscosa y de trozos de carne palpitante.... Pertenece á la especie del *tigre real*, lo que conocí en su pelo corto, sembrado con rayas negras é irregulares, sobre un fondo de un dorado salvaje. Pero su alzada y su longitud, la finura de sus estremidades, la gracia de sus formas, denotaban que aun no había llegado á su completo desarrollo. Yo le calculé unos siete á ocho años.

«La primera bala del remero se había deslizado sobre las costillas, arañando el costado derecho del animal. La segunda, había penetrado en las carnes, hácia el nacimiento de la espaldilla. Que hubiese dado una pulgada mas abajo y el indio hubiera derribado al tigre, porque le habría roto la articulación. Evidentemente había tirado las dos veces con un poco de precipitación.

«Dos de mis seis balas habían roto la mandíbula al tigre. Las otras cuatro, se habían alojado en el pecho; una de ellas había rozado el corazón.

«Apenas terminábamos nuestra inspección, cuando el Laos, que había observado todo con cuidado, comprimió entre sus dedos las mamas un poco hinchadas del animal, é hizo brotar de ellas un líquido blanco amarillento lactescente. Esto fué para él un rayo de luz. Cogió su cuchillo, se alejó sin proferir una palabra y empezó á investigar hácia la punta de la península, registrando cada mata de maleza. Vivamente agitados el baron y yo, aprontamos nuestras armas y nos pusimos á espiarle con interés creciente.

«En la punta de la península, la playa, que era blanda y húmeda presentaba huellas; unas grandes, otras profundas; otras casi imperceptibles. El Laos, calculó su disposición. Las fieras habían venido allí á beber, después de lo cual habían partido cambiando de fiesta.

»En un sitio en que las yerbas, las plantas y los arbustos, habían sido hollados, pisoteados, mas que en otras partes, como si allí hubiesen hecho alto varios animales, el Laos observó que la huella de frente, la que provenia de la madre, estaba mucho mas marcada que la ligera depresión que se veía á la izquierda. Este último indicio le bastó. A cuarenta pasos mas lejos, se le escapó una exclamación.

»Bajo un arco de ninfas, de lotos y de juncos floridos habia dos tigres pequeños, un poco mayores que gatos, redondos como bolas, acurrucados uno contra otro, esperando á su madre con una especie de temor feroz. Tendrían como unas tres semanas ó un mes á lo mas.

»Habiendo el Laos entreabierto con la punta de su dedo aquella cortina de verdura, abrieron un poco los ojos, alargaron las garras, enseñaron los dientes é hicieron oír un gruñido. Les dió un palo con su arma y les dejó á entrambos aturridos.

»Atarles las patas con ramillos de enredaderas, quitarse la chaqueta, despojarse de su patsóo, entonces estaba desnudo completamente lo cual no le preocupaba nada, fué para él asunto de medio minuto; en seguida estendió su chaqueta sobre el suelo, colocó en ella los dos animalitos, y anudó las puntas opuestas; desplegó, en fin, su patsóo, envolvió el paquete, le adaptó una rama y se echó su trofeo al hombro.

V.

»Los cazadores volvian á través del monte. Mr. Thomás Anquetil y el baron de L. marchaban á la cabeza hablando.

»De repente se deslizó un aliento tibio á lo largo de mi mejilla; me siento cogido por la cintura y oigo por detrás la voz grave del Laos que murmura rápidamente estas palabras á mi oído:

—»Gefe, cuidado.

—»¿Qué me quieres?

—»No avances.

—»¿Pues qué hay?

—»¡Un tigre! dijo estendiendo el brazo.

»Este diálogo pasó mientras yo que llevaba mi escopeta colgada, la cogia de cualquier modo.

»Sobre el camino habia una pequeña eminencia de doce á quince piés. Alrededor de un magoustan de mediano tamaño, se abria un ramillete de altas malváceas. El tigre, cuyo cuerpo adivinábamos, pero del que solo apercebíamos la cabeza, nos observaba fijamente, con el lomo pegado al árbol y el cuerpo doblado bajo si mismo á fin de aumentar su ímpetu. Esperaba que llegásemos enfrente de él para precipitarse sobre nosotros de improviso y de un solo salto; ahora bien, el intervalo que nos separaba era apenas de unos treinta pasos.

»Cuando nos detuvimos para apuntarle, comprendió que estaba descubierto. Un débil movimiento de costado, como si hubiera examinado por donde podria huir, descubrió en él este impulso instintivo. Sin embargo, obedeciendo á su naturaleza sanguinaria, ó mas bien á su valor, se revolvió en seguida hácia nosotros, y doblando sus patas traseras, se levantó para lanzarse sobre nosotros.

»En seguida exclamé vivamente: ¡Uno, dos, tres! ¡Fuego! Cayó sobre el camino como una masa de plomo, á cinco ó seis pasos del pié de la eminencia. ¡Tan considerable era su fuerza de impulsión! Cosa sorprendente: ¡ni un grito, ni un rugido!

»Se quedó en el sitio en que cayó, con las manos esten-

didas, las patas ocultas debajo del cuerpo y el hocico hundido en el polvo. Se le podria creer dormido. ¿Pero estaba muerto ó aturrido, desvanecido solamente? Nosotros avanzamos cargando nuestras armas, mientras mis gentes le apuntaban.

»Yo tenía ganas, viéndole inmóvil, de hurgarle en la cabeza con las balas de mi revolver, manteniéndome á algunos pasos de distancia, porque el tigre, lo mismo que el leon, tiene á veces sobresaltos y accesos de furia que son estremadamente peligrosos. Si en tal momento coge á uno está perdido; le derriba de un manoton, le desgarrá con las uñas y le tritura con los dientes aunque esté á punto de espirar.

»El Laos, me disuadió diciéndome que estropearia la piel. Me rogó que le dejase obrar; consenti en ello, aunque sin dejar de apuntarle por lo que pudiera suceder.

»El Laos dejó en tierra los tigres pequeños. En seguida, cogiendo su dah con las dos manos por la estremidad del mango, se colocó bien enfrente de la fiera, y le asestó un golpe en la cabeza, con tal destreza, con tanto vigor, que separó el cráneo en dos como hacen los carniceros.

»¡Qué tigre! ¡Soberbio animal! Era un macho de completo desarrollo.

»El Laos imaginó hacer á los pequeños oler al grande, y envueltos como estaban en el patsóo, patearon y arañaron de tal modo, que faltó poco para que se escaparan. Para mí fué evidente que el tigre era su padre.»

El pobre Laos concluyó muy mal; Mr. Thomás Anquetil le habia regalado un fusil y municiones de que se servia á las mil maravillas. Un día, sorprendido por un tigre, se puso prontamente á la defensiva. Sus dos tiros le faltaron casi á quema-ropa. Fué devorado en un abrir y cerrar de ojos.

G. M.

MUSICOS COMPOSITORES.

Rossini preside la armoniosa reunion muellemente sentado sobre el edificio de las obras maestras de su juventud. A la derecha *Auber*, (hablando de jóvenes y de personas de talento, se suprime el señor) siembra todavía á manos llenas, duos, cavatinas, boleros y baladas; á la izquierda, ved á *Feliciano David*, el poeta sinfonista del Oriente, el *Decamps* de la música, y *Gounod* el padre dichoso de *Margarita* y *Julietta*.

Un poco mas abajo, tengo el gusto de presentaros los anteojos azules de *Mr. Ortolan*, *Mr. Flotow* y la señorita *Marta*, su hija única: en el centro al venerable *Mr. Carafa*, al amable *Wekerlin* y los hermosos cabellos del abate *Listz*.

Ese medallon, es *Verdi*, el Sombrio, que reflexiona sobre el veneno y puñal, colocado á la puerta de los tenores, baritonos y bajos cantantes. Despues *Wagner* y *Berlioz*, los algebristas de la música, que establecen los geroglíficos y se guardan bien de adivinarlos; luego *Membrée*, antiguo paje hecho capitán, *Grisár* en traje de lugareño, *Hignard*, el músico melodista y *G. Nadaud* el cantor de *Pandora*.

Bajad todavía mas. He ahí *Mermet* y *Duprez* disputándose las bellas gracias de *Juana de Arco*; *Ambrosio Tho-*

mas en equilibrio sobre su doble escala, el príncipe Poniatowski, F. Massé, Reyer et Rebér, que no esperan mas que la ocasion para ponerse en primera fila.

Al mismo tiempo Offenbach, rodeado de sus intérpretes ordinarios, agita los cascabeles de la alegría.

Por último, al extremo izquierdo, se encuentran Herbé,



Músicos compositores.

Caballero de la Tabla redonda, Leo Delibes, Caspers, Emilio Jonas, Duprato, Villebichot, entusiasmados por el ejemplo y ejecutando una danza esencialmente fantástica. Creemos merecerá el agrado de nuestros lectores este sig-

nificativo grabado, que tan bien expresa la situación, carácter, gusto y modo de ser de los distintos músicos compositores que retrata.